

www.elboomeran.com

Emmanuel Carrère

Una semana en la nieve

Traducción de Javier Albiñana



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
La Classe de neige
© P.O.L. éditeur
París, 1995

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Froemel Kapitza / The Image Bank / GETTY

Primera edición: septiembre 2014

© De la traducción, Javier Albiñana, 1996
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7902-5
Depósito Legal: B. 14315-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Más tarde, durante mucho tiempo, Nicolas intentó recordar las últimas palabras que le había dirigido su padre. Se había despedido de él en la puerta del albergue, repitiéndole una y otra vez consejos de prudencia, pero Nicolas se sentía tan molesto por su presencia, tenía tantas ganas de verlo marcharse que no le había escuchado. Le echaba en cara que estuviera allí, que atrajera sobre ellos miradas que adivinaba burlonas, y se había zafado, agachando la cabeza, del beso de despedida. En la intimidad familiar, semejante gesto le hubiera valido reproches, pero sabía que allí, en público, su padre no se atrevería a hacérselos.

Antes, en el coche, habían hablado. Nicolas, sentado detrás, apenas lograba que su padre le oyera debido al ruido de la ventilación, puesta al máximo para desempañar los cristales. Le preocupaba saber si encontrarían en la carretera una gasolinera Shell. Por nada del mundo habría consentido, aquel invierno, que compraran la gasolina en otro sitio porque Shell

regalaba cupones que permitían ganar un hombrecillo de plástico cuya parte superior se levantaba como la tapa de una caja, descubriendo el esqueleto y los órganos: podían quitarse y ponerse y así familiarizarse con la anatomía del cuerpo humano. El verano anterior, en las gasolineras Fina, ganabas colchones neumáticos y barcos hinchables. En otras, regalaban tebeos, cuya colección completa tenía Nicolas. Se consideraba privilegiado, cuando menos bajo ese punto de vista, por la profesión de su padre, que se pasaba el tiempo en la carretera y llenaba el depósito cada dos o tres días. Antes de que saliera de viaje, Nicolas le pedía que le indicara el recorrido en el mapa, calculaba el número de kilómetros y lo convertía mentalmente en cupones que guardaba en la caja fuerte, del tamaño de una caja de puros, cuya combinación sólo conocía él. Se la habían regalado sus padres por Navidad —«para tus secretillos», había dicho su padre—, y Nicolas se había empeñado en llevársela en la bolsa. Le habría gustado, durante el viaje, volver a contar los cupones y calcular cuántos le faltaban, pero la bolsa estaba en el maletero y su padre no quiso detenerse para abrirlo: aprovecharían la primera parada. Al final, no hubo gasolinera Shell ni parada antes del albergue. Al ver a Nicolas decepcionado, su padre prometió circular lo suficiente de ahí al final del curso de esquí como para ganar la figura anatómica. Si le dejaba los cupones, se la encontraría al regresar a casa.

La última parte del trayecto la hicieron por carreteras pequeñas, no lo bastante nevadas como para tener que poner cadenas, y eso también decepcionó a

Nicolas. Antes, habían circulado por la autopista. En un momento dado, la circulación perdió fluidez y se atascó durante unos minutos. El padre de Nicolas, irritado, tamborileó sobre el volante mascullando que eso no era normal, entre semana y en febrero. Desde el asiento trasero, Nicolas no podía ver más que su perfil borroso, su recia nuca hundida en el cuello del abrigo. Por fin, se pusieron en movimiento los coches. El padre de Nicolas suspiró, se relajó un poco: lo más seguro es que sólo se tratase de un accidente. Nicolas no dijo nada, pero no pudo por menos de escandalizarse al oír el tono de alivio con que lo decía: como si un accidente, por el hecho de provocar un simple atasco de breve duración, reabsorbido con la llegada del auxilio, pudiera ser contemplado como algo deseable. Estaba escandalizado pero también le embargaba la curiosidad. Con la nariz pegada al cristal, esperaba ver los coches en acordeón, los cuerpos ensangrentados transportados en camillas en medio de las luces giratorias, pero no vio nada, y su padre, sorprendido, dijo que no, a fin de cuentas no debía de ser eso. Desapareció el atasco pero subsistió el misterio.